

misma sociedad: el mundo de los "hippies", el de los jóvenes que buscan desesperadamente un ideal al que aferrarse, el de todas esas amas de casa, empleados e incluso ejecutivos que se han dejado arrastrar por los vendedores de espiritualidad, en un intento de encontrar justificación a su vida, razón de ser para su existencia vacía, algún modelo que determine dónde está el bien. Porque esa meta de bondad basada en lo material y en la competitividad no les satisface. Y se entregan mansamente en los brazos de una serie de personas rodeadas de halo profético, de gurus, Maharajis, yogis, o cualquier otro inteligente líder que pueda asegurarles haber encontrado la verdad fuera de esa aparente verdad del consumo en que ellos se criaron y educaron.

Un sector social que comprende ya a algunas decenas de miles de personas dentro de las fronteras de los Estados Unidos, pero al que escasamente conocemos en los países con complejo de inferioridad material.

El libro de Greenfield, aunque no destaque por su calidad literaria, es algo que todos deberíamos leer. Un documento fundamental para conocer a la Norteamérica de hoy, para comprender la evolución de sus jóvenes a partir de la década de los sesenta. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

## TEATRO

### Estreno de "El público", de García Lorca

Demos la fecha para la historia del teatro: "El público", de Federico García Lorca, se estrenó mundialmente en la Universidad de Río Piedras el 15 de febrero del presente año. La acogida fue decididamente favorable, representándose casi dos meses, plazo largo en una ciudad como San Juan, máxime si consideramos el carácter insólito de la obra y la entidad estudiantil de los intérpretes. De que fue un éxito no hay duda, porque sólo así se explica el que ahora, unos meses después del estreno, los organizadores de la llamada



Federico García Lorca.

Olimpiada Cultural hayan considerado conveniente financiar un montaje del trabajo para mostrarlo a los extranjeros.

Subido es que "El público" fue escrita a comienzos de los treinta, que se conoció parcialmente durante muchos años y que sólo recientemente Rafael Martínez Nadal publicó una versión depurada que puede tomarse por la definitiva. Es un hecho cierto que Lorca sentía una gran estima por este texto, y, también, que no lo corrigió ni cerró nunca definitivamente, convencido como estaba de su "inestrenabilidad": "No pretendo estrenar 'El público' en Buenos Aires, ni en ninguna otra parte; creo que no hay compañía que se anime a llevarla a escena ni público que la tolere sin indignarse". Comentario que adquiere todo su sentido si pensamos que Lorca lo hizo en plena época de triunfo, cuando podía aspirar al cumplimiento de una de sus postulaciones: "El teatro se debe imponer al público y no el público al teatro". ¿Por qué, entonces, no intentó "imponer" su obra en lugar de arrinconarla ante la previsible "indignación" del público? ¿No era eso un modo de traicionarse a sí mismo?

Quizá Lorca sabía "hasta dónde" el público teatral "acepta" la imposición de una obra, los márgenes de renuncia a la comodi-

dad intelectual y a la complacencia; y sabía también que "El público" estaba más allá de todos los márgenes. Añadía Lorca, para explicar la previsible reacción del público, que como el drama de cada uno es a veces muy punzante y generalmente nada hermoso, los espectadores se levantarían indignados e impedirían que continuara la representación.

El montaje que yo acabo de ver en San Juan quizá aclara el problema. Porque el trabajo de Victoria Espinosa pone de manifiesto algo que no debe sorprendernos y que corrige las ideas de Lorca: el rechazo por parte del espectador tradicional de obras como "El público" no procede de su carácter revelador, sino de la dificultad de entenderlas. Para quien cruce la barrera, para quien acceda a la intención y a la lírica de la obra, cuanto hay en ella de condensación del todo en un instante —aunque, luego, las exigencias del lenguaje obliguen a desdoblar ese momento en escenas e imágenes, presentadas sucesivamente—, difícilmente se indignará. La anarquía formal corresponde en todo al sentimiento existencial y a las interrogaciones que le son propias. El amor es, como en casi todo el teatro de Lorca, una síntesis de preguntas que tiene poco que ver con el amor de las comedias burguesas. Una síntesis que no hace sino catalizar los interrogantes, a sabiendas de que carecen de respuesta. Aquí no cabe el desenlace feliz de las parejas cumplidas, puesto que el amor no hace sino extremar la agonía del individuo, la conciencia de su soledad y de su muerte. Si en otras obras más naturalistas, esta función del amor es menos patente y hasta se subordina a la de protesta contra el orden social —que impide a las heroínas de "Yerma", "La casa de Bernarda Alba", o "Bodas de sangre" seguir las voces de su instinto—, en "El público" la tragedia nace mucho antes de la condición humana que de la moral. Incluso tratándose de un amor homosexual.

¿Teatro del Absurdo? Los críticos puertorriqueños saludaban la obra como un claro antecedente de los Beckett, Ionesco y Shehadé. Quizá la etiqueta ha tendido a unificar dramaturgos muy distintos y el aplicarla sin más a "El público" corra ese riesgo. La indicación vale para aclarar de

dónde hubiera podido venir la indignación del público, que lejos de reconocerse en el "espejo" de la obra, quizá la hubiera considerado una "tomadura de pelo" o una desesperación oscura y gratuita, tal como las obras de Ionesco y Beckett parecieron a nuestros críticos tradicionales a raíz de su estreno.

Por lo demás, la obra ofrece incontables problemas a quien quiera montarla. Su carácter lírico y atomizado, la ausencia de personajes —de psicologías— y aun de acción dramática, su condición de obra inconclusa, tienen un encanto en la lectura que no es fácil mantener en un escenario. El texto tiende entonces a convertirse en pretexto de una serie de deslumbrantes imágenes que, por más que correspondan a aquél, se diría que ya no lo necesitan una vez creadas. El actor se desencarna en la invención plástica; el lenguaje escénico se desdobra y pierde su última y necesaria unidad. Como ocurría en algunos montajes de Víctor García —que no en balde se interesó por "El público"—, la vida se hace espectáculo y delirio de imágenes y pierde la carne del actor y la palabra, cuando quizá nuestra condición y nuestro drama esté en ser razón y pesadilla. ■ JOSE MONLEON.

## CINE

### "Los primeros golpes de Butch Cassidy y Sundance"

Hace tiempo que Richard Lester dejó de ser el director independiente que hacía de sus películas un sayo. Limitado por guiones y proyectos ajenos, su indiscutible sentido del humor, su imaginación y su habilidad narrativa quedan supeditados a las posibilidades de los demás. Así resulta que sus películas pueden variar desde la excelente "Robin y Marianne" a la más torpe, "El enigma se llama Jungfergaunt", prácticamente sin transición alguna, aunque cierto es también que pocas de sus obras no tienen al menos un mínimo suficiente de secuencias divertidas como para justificar la película (excep-